

Alice McDermott

Alguien

Traducción de Vanesa Casanova

Primera edición, 2015
Título original: *Someone*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2013 by Alice McDermott
All rights reserved

© de la traducción, Vanesa Casanova Fernández, 2015
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Ilustración de cubierta: © Helena Carrington
Fotografía de la autora: © Will Kirk, Homewood Photo

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-16213-23-8
Depósito legal: B. 10.408-2015
Impreso por Reinbook S.L.
Impreso en España - Printed in Spain
Diseño de cubierta: Jordi Duró
Diseño de colección: Enric Jardí

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Para David

UNO

Pegeen Chehab salió del metro a la luz del atardecer. Vestía un buen abrigo azul pálido de entretiem po, unos zapatos negros que cubrían el empeine de sus alargados pies y un sombrero beis con un detalle oscuro en la copa: un par de plumas marrones. Sus hombros eran algo asimétricos. Caminaba a grandes zancadas, con andares jibosos, un mechón suelto de pelo negro le cruzaba la mejilla y le caía revuelto sobre un hombro; el moño deshecho. Apenas sujeto entre los dedos, el bolso le rozaba la pierna y aunque eso le hacía parecer apática y cansada recorrió con rapidez la acera gris que iba del metro al portal y al sótano del edificio contiguo.

Yo esperaba a mi padre sentada en las escaleras de mi edificio. Pegeen se detuvo a saludarme.

No era una muchacha especialmente guapa: ojos demasiado juntos y mentón muy ancho, dientes torcidos, cejas salvajes y bigotillo. Tenía el pelo negro y abundante de su padre sirio, pero también el permanente rubor que salpicaba los grandes pómulos de su madre irlandesa bajo aquella piel tan pálida. Después de haber

terminado la formación profesional hacía un año, trabajaba en el bajo Manhattan; me dijo que la gente de allí no le caía bien, ni una sola persona. Deslizó una mano desnuda por la balaustrada de piedra, por encima de mi cabeza. En la otra mano, con la que sostenía el asa del bolso, llevaba un guante de color gris paloma. Había perdido la pareja por ahí, dijo. Y soltó una carcajada que dejó al descubierto sus dientes torcidos. El cuarto par este mes, añadió.

Y ayer en el metro se olvidó el libro de préstamo que estaba leyendo.

Y mira, se había hecho una carrera en la media con algo.

Posó el zapato negro en el escalón donde yo estaba sentada y se retiró el largo abrigo y la falda. Vi la carrera en forma de escalera, con la carne de la pantorrilla delgada y velluda de Pegeen saliéndose por la media. La uña del dedo que Pegeen deslizó a lo largo de la media estaba mordisqueada hasta el pellejo, pero el movimiento de su mano por la carrera fue delicado y conciliador, un movimiento que parecía compadecer a su propia carne, sensación que yo imité deslizando suavemente mi propia mano por la seda intacta de las medias de Pegeen y después por los hilos rasgados de la carrera.

—*Amadán* —dijo Pegeen—. Esa soy yo. Eso es lo que soy.

Retiró la pierna. La falda y el abrigo azul volvieron a su sitio. Por el dobladillo trasero y subiendo por todo el lateral de su abrigo de entretiempo había una mancha alargada de hollín que impulsivamente intenté quitar con la mano.

—Llevas una mancha —dije.

Pegeen se dio la vuelta, giró el mentón y levantó el brazo y el codo, intentando ver la mancha que llevaba en la parte trasera del abrigo.

—¿Dónde? —dijo.

—Aquí. —Sacudí la suciedad hasta que Pegeen levantó la cabeza en un gesto de elaborada frustración y se estiró el abrigo, envolviéndose en él como si fuera una capa.

—Me encantaría no tener que volver a ese lugar asqueroso —dijo, dándose una palmada en la cadera.

Pegeen se refería al bajo Manhattan, donde trabajaba.

Hizo una pausa y levantó la nariz fingiendo gran seguridad en sí misma.

—Me echaré un novio —dijo. Pestañeó y esbozó una pícara sonrisa. Los Chehab eran muy dados a las bromas y, al parecer, ningún chico había llamado aún a la puerta de Pegeen—. Pienso casarme —dijo, chupándose al mismo tiempo los cuatro largos dedos de la mano sin enguantar y restregándolos sobre la tela sucia.

—*Amadán* —repitió. Me explicó que era la palabra que utilizaba su madre para decir «tonta».

Entonces dejó caer el faldón de su abrigo y, hundiendo los hombros, se lo volvió a acomodar de una sacudida. Me recordó a un pájaro tomando un baño de arena.

—Me he caído —anunció. Lo dijo en el mismo tono afectuoso e impaciente que había empleado para describir el guante perdido, el libro olvidado de la biblioteca—. En el metro. —Era el mismo tono de voz que utilizaría una madre para hablar de su hijo favorito y revoltoso.

Pegeen dejó escapar un suspiro de exasperación, re-

dondeando los labios como si fuera a dar un beso.

—No sé por qué diantres me caigo —dijo con impaciencia—. Me pasa siempre. —De repente bizqueó y el rubor de su piel aterciopelada adquirió la viveza del rojo bermellón. Acercó su rostro al mío—. Ni se te ocurra contárselo a mi madre.

Yo tenía siete años. Hablaba sobre todo con mis padres. Con mi hermano. Con mis maestros, cuando era preciso. Respondía en susurros al padre Quinn o al señor Lee en la confitería cuando mi madre me daba un golpecito en las costillas. No era capaz de imaginarme manteniendo una conversación con la señora Chehab, que era pelirroja y altísima. Aun así, se lo prometí. No diría nada.

Peegen se sacudió de nuevo el abrigo, se enderezó y alzó los hombros dentro de su abrigo azul pálido.

—Pero siempre hay alguien amable —dijo, la voz repentinamente cantarina—. Siempre hay alguien que me ayuda a levantarme. —Volvió a adoptar una de sus poses altivas de fingida timidez y, como ya había hecho hacía un momento, elevó el mentón. Se tocó la pluma del sombrero—. Hoy un hombre guapísimo me ha dado la mano. Me preguntó si estaba bien. Todo un príncipe azul.

Volvió a sonreír y miró alrededor. Un par de portales más allá, los chicos de más edad jugaban un partido de béisbol callejero. En el bordillo había un puñado de muchachos más pequeños que solo miraban. Justo detrás de ellos, Bill Corrigan estaba sentado en su silla, en la acera.

Peegen se inclinó una vez más.

—Mañana volveré a buscarlo —dijo en un susurro,

sin aliento—. Si lo veo, me acercaré a él. —Apoyó la mano en la barandilla, por encima de mi cabeza—. Fingiré una caída, ¿sabes? Justo a su lado. Y entonces él me cogerá en volandas y me dirá: «¿Usted otra vez?».

Todas las personas tienen ojos hermosos, pero los de Pegeen eran muy negros, con unas pestañas larguísimas y preciosas, unos ojos que en aquel instante centellearon quizá por aquella broma suya o por aquel plan, quizá por su visión de algún futuro imposible.

Se enderezó.

—Y entonces ya veremos —dijo, pícara y confiada, arqueando sus espesas cejas. Lentamente balanceó el bolso y se dio la vuelta para seguir su camino—. Habrá que verlo.

Al llegar a su casa, Pegeen no utilizó la puerta del sótano, como tenía por costumbre. Subió las escaleras de piedra, abordando los escalones de uno en uno, como una niña pequeña. Al llegar al último escalón, volvió a hacer un alto para sacudir enérgicamente la parte trasera de su abrigo, tocando la suciedad únicamente con la muñeca. Era media tarde. Primavera. Vi el reflejo de Pegeen en el cristal ovalado de la puerta o, al menos, el corazón azul de aquel reflejo, que era tanto el reflejo de su buen abrigo de entretiempo como de la luz vespertina en su rostro arrebolado. Pegeen abrió la puerta y la delicada imagen en el cristal se estremeció como una llama.

Volví a montar guardia en los escalones de piedra; guardia por mi padre, que aún no había salido del metro.

En el otro extremo de la calle, los hombres y las mujeres del barrio volvían a casa del trabajo. Todos iban

tocados con sombrero. Todos calzaban elegantes zapatos negros y allí era donde mis ojos se posaban cuando cualquiera de ellos me decía un «Hola, Marie» al pasar.

A los siete años yo era una niña tímida, de aspecto cómico, con cara de pan, dos rajas negras por ojos, gafas gruesas, flequillo negro y una boca recta y seria: una caricatura de niña.

Por aquel entonces, yo bebía los vientos por mi padre.

Los chicos jugaban al béisbol en plena calle, siempre a la misma hora; algunos eran amigos de Gabe, mi hermano, aunque él, un joven estudioso, se encerraba en casa con sus libros. Los más jóvenes, entre quienes se encontraba Walter Hartnett, se sentaban en el bordillo a mirar. Walter llevaba la gorra del revés y tenía extendida la pierna de su zapato ortopédico. El ciego Bill Corrigan, al que habían gaseado durante la guerra, se quedaba en la acera justo detrás de Walter, sentado en la silla de cocina pintada que su madre le ponía todas las mañanas siempre que hacía buen tiempo.

Bill Corrigan vestía traje de chaqueta y calzaba zapatos relucientes. Y, a pesar de tener un defecto en la piel que hay alrededor de los ojos, como una cicatriz en los pliegues satinados de sus párpados; a pesar de que su madre, cuyo brazo Bill agarraba como una novia se aferra al brazo del novio, lo sacaba a la silla de cocina todas las tardes que hacía buen tiempo, era a él a quien los muchachos de la calle recurrían siempre que, a causa de alguna pelota perdida o una carrera inoportuna, terminaban aullando y graznando en medio de la calle. Allí estaban: gritándose a la cara, arrojando las gorras al suelo, pidiéndole que tomara una decisión.

Bill Corrigan levantó una mano, grande y pálida, y, al instante, la mitad de los muchachos dio media vuelta, mientras la otra mitad gritaba alborozada. Walter Hartnett se balanceó hacia atrás con un gesto de desesperación, lanzando una patada al aire con su pie bueno.

Me ajusté las gafas. Pajarillos de ciudad de color ceniciento se elevaban sobre los tejados y volvían a caer. Había empezado a oscurecer y los escalones, que al sentarme me habían parecido calurosos bajo mis muslos, ya se habían enfriado bastante. El señor Chehab pasó a mi lado con una bolsa marrón de la panadería en la mano. Llevaba el delantal hecho una bola bajo el brazo, las cintas colgando. Al pasar junto a mí dejó un olor a pan recién horneado. Lucy la Grandullona, una niña que me daba miedo, empujaba un patinete por la acera opuesta. Dos hermanas de la Caridad del convento situado al final de la calle pasaron a mi lado, sonriendo bajo sus tocas. Giré la cabeza para observarlas de espaldas, preguntándome cómo era posible que jamás se les enredara el dobladillo de sus largos hábitos en los talones. Al final de la manzana, las hermanas se detuvieron a saludar a una mujer de piernas pálidas y robustas que vestía un delantal oscuro bajo el abrigo. La mujer dijo algo y ellas asintieron con la cabeza. Después, las tres juntas doblaron la esquina. El partido volvió a interrumpirse y los muchachos se dirigieron a sus casas de mala gana, mientras un coche negro pasaba a nuestro lado.

Me estremecí y esperé. La pequeña Marie. Única superviviente de aquella escena callejera. Esperé a que mi padre apareciera por la calle, saliendo del metro con su

sombrero y su abrigo, el más querido de entre todos aquellos fantasmas.

Una vez me acerqué a la vitrina del *delicatessen* de Rego Park, lista para pedir. Estaba embarazada de mi primer hijo, hambrienta y algo mareada. En apenas unos meses estaría a las puertas de la muerte; llegué incluso a recibir la extremaunción y mi madre hasta le dio con el bolso en la cabeza al sacerdote que había acudido a darme los últimos sacramentos; pero aquel día únicamente noté cómo la vista me fallaba de repente. Me caí sin darme cuenta, como un saco de patatas. Y después me vi tumbada boca arriba sobre el suelo de madera. Tenía las piernas dobladas de cualquier manera. Sentí un dolor recorriendo el borde de mi mano. Rostros sobre mí; el presagio de un nuevo dolor, en el tobillo, en el cráneo. Tenía la mano manchada de ensalada de atún, también el codo y el bajo de mi abrigo de entretiempo. Al caer, me había manchado con el pedido de otra persona. Cuando me levantaron y me llevaron a una silla en la trastienda, vi los pechos de la mujer del propietario, cubiertos con un delantal. El suelo estaba cubierto de serrín y había cajas de cartón húmedas amontonadas contra la pared. Un fuerte olor a salami. Me sentaron en una silla metálica plegable del mismo color que las cajas de cartón, delante de una frágil mesa plegable reparada con cinta adhesiva. Siguió la lenta reconstrucción de lo ocurrido. Apareció un policía que se ofreció a llevarme a urgencias, aunque las mujeres arremolinadas en el estrecho pasillo habían llegado a la conclusión de que unos sorbitos de Coca-Cola caliente me reavivarían. Funcionó. Y también

el bocadillo de rosbif en pan de centeno que había estado a punto de pedir y que la esposa alemana del dueño me vio comer en la atestada trastienda, la carne generosamente apilada en lonchas y tierna como la mantequilla, hasta que las mujeres se dieron tan por satisfechas como para proclamar «Nada, no ha sido nada». La mujer del dueño me entregó un envase con sopa de pollo y un kilo de arroz con leche para llevarme a casa. Era una mujer robusta, de brazos y piernas gruesos. Frotó enérgicamente la mancha de mi abrigo con una toallita de papel húmeda y entonces me acordé de Pegeen. Siempre hay alguien amable.

Mi padre apareció por la esquina. Se detuvo a comprar el periódico de la tarde. Gabán y sombrero para dejar claro que era un oficinista y no un obrero. Solo levanté la cara de las rodillas en el instante en que lo vi aparecer, pero es verdad que, mientras miraba de reojo la calle en cuesta, sentía cierta energía, cierto placer, recorriéndome la espalda y los hombros enjutos, temblando de expectación. Los muchachos que jugaban al béisbol volvieron a detener el partido para que pasara un coche: tal era el ir y venir del juego. Di media vuelta y coloqué la mano sobre la balastrada, lista para saltar. Mi padre era un hombre delgado y menudo con abrigo largo. Caminaba con paso rápido y desenvuelto. También él calzaba zapatos relucientes.

Esperé a que hubiera recorrido media calle. Y entonces volé por la acera y por los aires cuando mi padre, con el periódico férreamente apretado bajo el brazo como único impedimento, me levantó en una ascensión

que yo imaginaba similar al recorrido trazado por las gorras que los muchachos lanzaban al aire cuando Bill Corrigan decidía sobre alguna jugada. No me habría sorprendido oír sus vítores.

Mi padre olía a papel de periódico y cigarrillos, a colonia gastada. Me trabé la barbilla en los botones cuando me bajó al suelo. Un rasguño breve y doloroso que me descolocó las gafas e hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas. Caminé los últimos pasos que nos separaban de casa haciendo equilibrios sobre sus zapatos. Subimos juntos la escalera y entramos en el fragante vestíbulo, fragante por el olor a cebolla de las cenas caseras y el aroma a madera vieja. Subimos las estrechas escaleras y entramos en nuestro piso, donde mi madre estaba en la cocina y mi hermano estaba sentado a la mesa del salón con sus libros.

Vivíamos en un piso largo y estrecho, con ventanas en la fachada principal y en la posterior. Las ventanas traseras recibían la luz de la mañana y las delanteras, las horas anaranjadas y pausadas de la tarde. Incluso en el frescor del final de la primavera, era una luz de ciudad, polvorienta. Caía sobre las bancadas barnizadas que había junto a la ventana y las rosas de la alfombra. Sobre las amenazantes paredes de yeso, la luz estampaba sombras en forma de travesaño, largos rectángulos; se colaba por la puerta de la habitación, cruzaba el salón, escalaba las robustas patas de la mesa de comedor donde el mantel, de tela almidonada y diestramente bordada con la meticulosa labor de punto de cruz de mi madre, estaba cuidadosamente plegado para que Gabe pudiera colocar el cuaderno y los libros sobre la lisa superficie de madera.

Aquella fue la primera luz que mis pobres ojos conocieron. Al recordarla, a veces me pregunto si, en definitiva, toda la fe y todas las fantasías, todo el miedo y las conjeturas, todas las creencias disparatadas referidas al cielo y el infierno, no serán más que un engaño comparados con esa otra primera incertidumbre: la oscuridad que precede a la lenta consciencia de la primera luz.

Yo seguía a mi padre hasta el estrecho ropero y le sostenía el periódico mientras él colgaba el gabán y dejaba el sombrero sobre el estante. Se encaminaba al sofá del salón y yo lo seguía; me hacía sitio a su lado y me recostaba pesadamente sobre su brazo — «como un percebe», decía mi padre—, mientras él leía el periódico de la tarde.

La funda, también obra de mi madre, era un paraíso de colibríes y hojas de parra y flores de grandes pétalos. Los colores, pero no las imágenes, quedaban suavizados por el denso brocado. Arrebujada junto a mi padre, protegida por su abrazo mientras él levantaba pacientemente el periódico abierto para hacerme sitio, me adentraba en aquel paraíso recorriendo las líneas del periódico con la yema del dedo y mi mirada estrábica, hasta que mi padre decía, pacientemente, «Marie...», y me pedía que me incorporara un poco.

Llevaba un llavero alargado colgado del cinturón y, quizá para impedir que el peso de mi cuerpo huesudo le adormeciera el brazo, se sacaba las llaves del bolsillo y me las colocaba en las manos. Había dos llaves, pequeñas pero pesadas; las chapas metálicas con su nombre y el número que le habían asignado cuando estuvo en el

ejército grabados en relieve, y una medallita de san José algo verdosa. Mientras mi padre leía, yo les daba la vuelta, las recorría con los dedos, comprobaba su peso y el tintineo que hacían. Me preguntaba si Bill Corrigan, al que habían gaseado en la guerra, llevaría algo similar en su bolsillo.

Cuando mi madre me llamaba para levantarme y poner la mesa, mi padre me ponía la mano sobre la cabeza.

Abandonando aquella primera oscuridad y entrando en la polvorienta luz urbana de aquellas habitaciones conocí los rostros borrosos de los padres que me habían sido dados —dados sin que yo hubiera hecho nada por merecerlos—, rostros que me miraban sobrecogidos de amor durante aquella primera oscuridad.

Nos sentamos a cenar, una noche como otra cualquiera, un mantel de hule cubría la mesa: la última concesión a mi desgarrada infancia, en apenas unas semanas, tras mi primera comunión, abandonaríamos el hule en las comidas y se volvería a cenar sobre el mantel almidonado de tela, «como personas civilizadas», en palabras de mi padre. Puré de patatas, lonchas de lengua de ternera y zanahorias caramelizadas. De postre, melocotones en almíbar con una cucharada de nata montada. Plegamos el hule y mi hermano volvió a extender sus hojas y libros en un extremo de la mesa.

En la estrecha cocina, de pie, apoyada en el fregadero humeante, con las manos y los brazos rojos hasta los

codos, mi madre parecía despreocupada. «Pegeen Chehab —dijo— tiene los pies grandes», y las chicas de su edad, añadió, andaban siempre de tropiezo en tropiezo, a la caza de chicos.

Me pasó un platillo mojado. Todavía no me dejaban secar sola los platos de la cena. La cocina era un espacio cálido y acogedor; la única ventana de la cocina estaba empañada y en el aire flotaba un agradable olor a jabón y a los rayos de sol primaverales que habían secado el delantal de mi madre.

Para mi madre, que disfrutaba muchísimo con las historias de amor —especialmente con las historias de amor americanas, que para ella implicaban una milagrosa combinación de vidas procedentes de lugares cómicamente dispares—, el matrimonio del señor y la señora Chehab era una fuente permanente de asombro y deleite. Volvió a contarme la historia de los Chehab: el señor Chehab había nacido en un lugar llamado Monte Líbano, en un país llamado Siria. Un desierto, dijo. Con un sol abrasador y palmeras y dátiles y piñas y arena y —se encogió un poco de hombros, la voz repentinamente vacilante—, al parecer, un monte.

Me pasó un vaso pequeño y dijo: «No metas la mano en el vaso, solo el paño».

Los padres del señor Chehab, prosiguió mi madre, lo envolvieron en un arrullo y se lo llevaron de aquel lugar soleado. Cruzaron el Mediterráneo. Cruzaron España.

Miró los azulejos húmedos sobre el fregadero como si allí hubiera un mapa dibujado.

Cruzaron Francia, llegaron a París, que se llama la Ciudad de la Luz; pasaron por los acantilados blancos de Dover —tienen una canción—, llegaron a Liver-

pool, cómo no, luego a Dublín; vieron también Cork, tal como ella lo había visto a los diecisiete años con tres faldas y cuatro blusas puestas y llevando consigo únicamente un bolsito de mano para que su padastro, un hombre terrible, no supiera que se marchaba de casa.

En el puerto, el señor y la señora Chehab encontraron un barco que los trajo hasta Brooklyn. En Brooklyn pusieron al bebé en una cuna, en el rincón más fresco de una panadería situada en un sótano de la calle Joralemon.

Y todo eso, prosiguió mi madre con un gorjeo profundamente risueño en la voz, mientras en el condado de Clare, la señora Chehab —que por aquel entonces era una McMahan— daba sus primeros suspiros. Y temblaba, qué duda cabe, en la sempiterna humedad del aire amargo de aquella tierra inhóspita.

Mi madre me miró por encima del hombro, las manos aún en el fregadero.

En casa hay siempre un aire a quemado, dijo. Y no era la primera vez que lo decía. A cenizas húmedas y a fuego apagado. Una llega a creer, dijo, que se vive siempre el final de alguna desgracia cercana; en algún lugar muy cerca de aquí, piensas a menudo, a alguien se le ha quemado la casa hasta los cimientos.

En aquella tierra húmeda y sucia, dijo mi madre, la señora Chehab creció hasta convertirse en una muchacha alta, una muchacha que no habría tenido dificultad alguna en subir la empinada escalerilla del barco que zarpaba de Queenstown, una escalerilla con la que mi propia madre sí había tenido problemas, me contó, debido a la lluvia que había caído el día que ella embarcó,

porque estaba sola y no tenía a ningún hombre del que cogerse del brazo y nadie se lo ofreció en todo el viaje; no hasta que mi padre le ofreció el suyo en los escalones de la Grand Army Plaza.

Pero la señora Chehab, con aquellos largos pies suyos, no habría tenido problemas para mantener el equilibrio sobre el suelo resbaladizo y bamboleante del barco que la trajo hasta aquí, donde un día se detuvo ante la panadería siria y vio a un hombre bajito de ojos oscuros tras el mostrador.

Vi cómo mi madre volvía a mover las manos en el agua, buscando algún cubierto perdido, con aquella pícaro sonrisa suya ante la deliciosa singularidad de aquella historia. Después quitó el tapón del fregadero y yo cerré los ojos y me tapé los oídos con los dedos para no oír aquel ruido terrible.

Cuando los retiré y abrí los ojos, mi madre estaba limpiando la encimera. «Y después de todo lo que te he contado —dijo—, después de todo eso, mira tú por donde, aparece la feúcha de Pegeen, con el cutis enrojecido de su madre y la narizota de su padre y esos pies enormes. Que Dios la ayude.»

Ya recogida la cena, mi padre fue a buscar el sombrero al armario pequeño y dijo: «Vamos a dar una vuelta».

Bajamos juntos las escaleras. Las puntas relucientes de sus cuidados zapatos negros y el corte perfecto de las vueltas del pantalón sobre los cordones lisos. El ritmo acompasado de sus pasos sobre la escalera sin alfombrar, el sonido de nuestros pasos. Vuelta al vestíbulo y, de nuevo, a la acera. Nos encontrábamos delante del

edificio de los Chehab cuando me soltó la mano y se detuvo a encender un cigarrillo. El humo ascendía, blanco, por el ala ladeada de su sombrero. Y entonces, llevado por el placer de la primera calada, echó la cabeza atrás. Yo miré al cielo y contemplé las estrellas; un hombre guapo, delgado, de cuarenta años.

Fue uno de sus primos irlandeses, un McGeever, quien más adelante diría que un cuerpo tan delgado no era más que una invitación andante a la desgracia.

Volvió a cogerme de la mano. Sentía la sólida familiaridad de su apretón, cálido y firme, la ancha palma contra mis dedos. Caminamos hasta la otra esquina, alejándonos del metro, aunque bajo nuestros pies todavía nos llegaba su traqueteo. Oíamos también el sonido de un trolebús procedente de otra calle, la voz de alguien llamando a un niño, de alguien gritando en el interior de un edificio. Daba la impresión de que las luces de las ventanas brillaban cada vez más intensas, más cálidas, a medida que refrescaba. Nos llegaba el olor a metal, una vaharada de alquitrán, un olor a piedra, a excrementos de perro sin recoger al otro lado del enrejado que rodeaba algún árbol escuálido. La suave tela de gabardina de la chaqueta de mi padre en el dorso de mi mano. Doblamos la esquina y mi padre arrojó el cigarrillo encendido a la calle.

—Será solo un minuto —dijo.

Me puso las dos manos sobre los hombros, como si quisiera así dejarme más segura sobre la acera que había junto a una entrada, y después dio media vuelta y empujó una estrecha cancela de hierro que conducía a

un callejón oscuro. El aire era negro, pero las luces de los edificios eran cálidas y doradas. Apenas pasaron un par de personas, bien envueltas en sus abrigos. Un hombre se llevó la mano al ala del sombrero al pasar y yo dejé caer la barbilla, con timidez. Cuando desapareció, volví a ponerme de puntillas bajo la luz de la farola, como si me iluminara la cálida luz del sol. Entorné los ojos y la luz explotó y se fue expandiendo, blanca y amarilla, hacia la oscuridad. Oí el chirrido de la cancela y mi padre volvió a mi lado. A su alrededor flotaba el intenso olor al licor que acababa de tomar. Extendió la mano. En la palma de su mano había un terroncillo blanco de azúcar que brillaba a la luz de la farola. Me abalancé sobre el terrón y me lo metí en la boca. Le di vueltas con la lengua. Mi padre me observaba frunciendo los labios y moviendo la mandíbula, como si también él estuviera saboreando el azúcar. Después, volvió a darme la mano.

Pasamos por delante de la casa de los Chehab, donde vimos una lámpara y una silla y los anchos hombros y la nuca oscura del señor Chehab, mientras fumaba un puro y leía las noticias vespertinas.

En el portal, mi padre se subió los puños de la chaqueta y me puso las cálidas palmas de sus manos en la cara. Me estudió con expresión seria, sonriendo apenas —yo era una cosita graciosa, feúcha, de carita redonda y ojos muy juntos— hasta que mis pómulos se hubieron calentado lo suficiente, según dijo, como para que mi madre

les pasara revista. Y una vez más subimos juntos las escaleras.

Había té y bizcocho. Mi madre, con uno de los libros de mi hermano en el regazo, le preguntaba la lección: preguntas de catecismo, declinaciones de latín, fechas y nombres de historia. Él respondía a todo sin vacilar, pellizcando el bizcocho solo al terminar una ronda de preguntas. Y entonces, cuando todavía le quedaba un pedazo irregular de bizcocho en el plato y la mitad de su té lechoso en la taza, apartó la silla y caminó lentamente hasta el extremo de la mesa.

Mi padre, en el extremo opuesto, dejó su taza a un lado y se inclinó hacia delante. Pude ver el reflejo de su pálida garganta y mentón en la madera oscura de la mesa, como un rostro que va perfilándose en un remanso de aguas negras. O difuminándose.

—¿Qué toca esta noche? —dijo.

Mi hermano se pasó las manos por el cabello espeso y las posó sobre el respaldo de la silla que había ante él. Levantó la vista hacia la pared, justo encima de la cabeza de mi padre. Era un muchacho guapo, estrecho de hombros, de pelo rubio y grandes ojos marrones. Se ruborizaba con facilidad.

—Las siete edades del hombre —pronunció con claridad, aferrándose a la silla—. De William Shakespeare.

Comenzó. Mientras Gabe recitaba, observé cómo mi padre distraídamente daba forma a las palabras en sus labios, moviéndolos inconscientemente, de forma muy parecida a como lo había hecho cuando yo di vueltas al terroncillo de azúcar en la lengua.

Mi madre mantenía la cabeza gacha, estudiándose las manos enrojadas en el regazo mientras el poema se-

guía su curso. Parecía estar rezando o encorvada junto a una radio.

Incliné la barbilla hacia la mesa y levanté la taza del platillo un instante. El poco té que quedaba se estaba enfriando, pero así era como me gustaba. Tomé un sorbito y volví a colocar la taza en su sitio haciendo más ruido del que permiten los buenos modales, lo que me hubiera hecho ganarme una mirada de reprobación de mi madre de no haber coincidido el sonido con el final del poema y el discreto aplauso de mis padres.

—Algo de Shelley —dijo mi padre.

A mi amiga Gerty Hanson la obligaban a rezar el rosario en familia todas las noches después de cenar, su madre y su padre y sus tres hermanos mayores arrodillados en el suelo alrededor de la cama de matrimonio. Yo había rezado con ellos una o dos veces. No era un ritual menos tedioso que el nuestro, pero al menos de Pascuas a Ramos a Gerty le brindaban la ocasión de dirigir el rezo, y entonces tenía la oportunidad de hablar rodeada de un atento silencio, mientras que yo solamente se suponía que debía escuchar a mi hermano, quien llevaba ganando la medalla a la declamación de su colegio más años de los que yo era capaz de contar.

Gabe levantó la vista y dirigió la voz hacia la sencilla araña que colgaba sobre nuestras cabezas. Su voz me resultó desconocida, más profunda y en cierto modo menos segura de lo que me había sonado hacía apenas unos días. Miré la nuez protuberante en su garganta pálida.

—*Oda al viento del oeste* —dijo—. De Percy Blithe Shelley.

Quizá mis padres vieran entonces el sacerdote que lle-

vaba dentro: aquella manera en la que, de pie en un extremo de la mesa, nos brindaba palabras adorables.

Yo solo recordé la ilustración de un libro que había visto por ahí: un rostro cruel entre las nubes, los pómulos hinchados y los labios fruncidos soplando hacia abajo, sobre la figura acurrucada de un hombre ataviado con un gabán oscuro.

— «¡Oh, escucha!» — declamó mi hermano, que dudó un instante antes de levantar abruptamente la palma de la mano al techo, un gesto que quizá le habían indicado que hiciera en la escuela, pero que no casaba ni con él ni con su voz serena.

Sin levantar la vista, miré alrededor. Gabe se había dejado la mitad del bizcocho en el plato. Sabía que se lo comería de un solo y triunfante bocado cuando volviera a sentarse. El pedazo de mi padre ya había desaparecido. También el de mi madre. Aun sabiendo que no había dejado ni una migaja, volví a mirar mi plato y me sorprendió descubrir allí, en el centro, otro terrón de azúcar blanco. Miré a mi padre, que solo movió los ojos fugazmente y fugazmente sonrió. Miré a mi madre, que seguía estudiando sus manos rubicundas ahuecadas sobre su regazo, la fina banda dorada de su alianza. Cogí el terrón al instante y rápidamente lo dejé caer en los restos ya fríos de mi té. Mi padre susurró las últimas palabras del poema a medida que mi hermano las iba recitando y entonces, una vez más, mis padres aplaudieron discretamente.

Mi hermano dijo «*Ozymandias*» justo en el instante en el que yo volvía a levantar mi taza. Sentí el dedo de mi madre en el muslo, un rápido pinchazo recordándome que debía escuchar.